

EXCLUSIVA



# LOS "BEATNIKS" DEL SENA

UNA GENERACION  
SIN PROFETA QUE  
TIENE SU NIRVANA  
EN LA EVASION

**C**OMO coartada para soslayar verdaderos problemas de raíz más honda y de repercusiones sociales más graves, se ha echado siempre mano —y nunca con tanta generosidad como en nuestra época— de los conflictos entre las generaciones. Se ha dicho que los mayores sufren porque no se encuentran prolongados en los jóvenes, que éstos defraudan sus esperanzas de perpetuar tradiciones familiares, sociales, etc. Por su parte, los jóvenes, con impaciente, aunque moderada, violencia, rechazan todo cuanto parece que les corresponde por legado natural, por herencia colectiva, buscando hacerse una personalidad nueva, original, y en muchos casos antípoda, de la que les dan hecha sus progenitores. Se dice que nunca la lucha entre los viejos y los jóvenes ha sido tan áspera como en nuestro tiempo.

La invasión de París por los «beatniks» ilustra bien esta teoría general y exige del lector, del espectador, del hombre de la calle, un intento de comprensión del fenómeno que vaya más allá de



Bajo el Square Charlemagne, a la sombra de Notre-Dame, los «beatniks» consumen sus jornadas de ocio los días de buen tiempo. Sin hacer nada, discutiendo, bebiendo, matan el tiempo, desarrollan sus existencias de forma casi vegetativa; algunos pretenden que de esta manera se elevan hacia lo sublime, rompiendo con la insulsa vida cotidiana.

SIGUE



Aunque por su apariencia desaseada y casi miserable los «beatniks» se asemejan a los «teddy-boys» y a los «blussons noirs», una especie de éticp existencial les separa de ellos. Los «beatniks» tratan de romper con la tradición de sus mayores proclamando una libertad que, desafortunadamente, no se basa en nada real. Sin oficio ni beneficio, a veces tienen que recurrir a los servicios de sus Embajadas y, en la mayoría de las ocasiones, a la beneficencia pública para poder comer todos los días un plato de sopa caliente. La «rebelión» es insuficiente cuando se ejercita, como en estos casos, sin una base sólida, material y racional



## LOS "BEATNIKS" DEL SENA

la tan conocida evasiva: «Cosas de juventud». Porque esta juventud y sus cosas encierran algo de importancia dramática: no un mero juego para pasar los años «dorados» que anteceden a la madurez. En nuestro tiempo, la juventud —grandes zonas de ella, al menos— se siente frustrada, decepcionada, vacía ante un ayer que no le interesa y frente a un mañana que no le pertenece. La libertad es su bandera. Antaño, el hogar era un mundo cerrado que hacía difícil al adolescente su comunicación con otros mundos. Hoy, la posibilidad de viajar, el cine, la TV, son medios disfrutados ante todo por todos los jóvenes, que han tomado así posesión del ancho planeta. Al menos en un sentido de conocimiento e intercambio, ya que, en verdad, ese mundo continúa perteneciendo a los mayores. Pero la idea que ese hombre joven se hace del mundo es, en cierto modo, convencional y, desde luego, ilusoria; el cine y las revistas ilustradas le han habituado a un aire de vida fácil y cosmopolita, irresponsable y feliz, que luego él no encuentra fácilmente en la realidad. Y de ahí surge el conflicto.

La alegría de vivir, el disfrute hedonista de la civilización es la consigna tácita de nuestro tiempo pragmático; el joven lo advierte así y se desespera persiguiendo esa alegría y sus fórmulas mágicas: el dinero, el lujo, la «libertad». Derrumbados y arrinconados definitivamente los ideales de otro tiempo; logrado, por otra parte, un óptimo nivel de seguridad, nuestra sociedad hedonista no tiene otra cosa que ofrecer al hombre nuevo sino eso: alicientes de disfrute material y signos de poder. El existencialismo sartriano de hace unos años se ha trocado hoy en esa fórmula, entre violenta y literaria, de los «beatniks» norteamericanos: vagabundos, neoboheimos, que desertan de su sociedad tecnificada y buscan un retorno a lo natural o, simplemente, al absurdo.

El movimiento «beatnik» tiene su cuna en el Greenwich Village neoyorquino y en los barrios viejos de San Francisco, extendiéndose luego por todo el mundo, invadiendo no sólo las grandes ciudades, sino también campos, lugares olvidados, que tienen particular atractivo para los «beatniks». En París frecuentan particularmente los últimos rincones del Sena, entre Nôtre-Dame y Vert-Galant. El «Petit-Bar» en la calle de Petit Pont y la Rotonde, en la calle Saint-Jacques, son sus cuarteles generales. Duermen en el suelo y en los bancos públicos, a no ser que antes de la medianoche encuentren una cama barata o gratuita. Forman un pequeño mundo cosmopolita bien diferenciado. Los «beatniks» de París son, en su mayoría, alemanes. Ingleses, daneses, americanos y españoles integran también estos grupos. Hablan inglés o alemán. Hay entre ellos pocos franceses y la lengua gala sólo se habla por necesidades inmediatas en restaurantes o tiendas.

Sorprenden y molestan a la burguesía parisina y al hombre de la calle. Su falta de pudor, su aspecto desaseado y sucio, sus barbas y melenas, no caen bien, contra lo que se diga, en el exquisito París, acostumbrado a ver tantas cosas, pero siempre sorprendido de su propia capacidad de asimilación de novedades. Las muchachas «beatniks» no son de aspecto mucho más delicado que ellos. Caqui y verde oscuro son sus colores favoritos para vestir. Sacos de dormir, impermeables, anoraks, etc., como herencia que son de viejas indumentarias militares, abundan en tales colores. Las chicas utilizan como bolso lo que en un tiempo fue funda de las máscaras de gas en el ejército. Se diferencian del «teddy-boy» y del «blusson-noir» en un tono intelectual, en una preocupación cultural o artística que les redime, hasta cierto punto, de tanta cochambre. Pero esta diferencia es la que no acierta a matizar el buen burgués que al pasar a su lado se tiente el bolsillo de la cartera con recelo.

Los «beatniks», sin embargo, son pacifistas a ultranza como verdaderos intelectuales. Desdibujan el mundo de los padres. Son nihilistas y, a su manera, sentimentales. Esta es una de sus consignas: «¡Deserta! ¡Tú no matarás!» **SIGUE**



«Antes morir, pero libre y sin trabajo» es la divisa de la mayoría de estos muchachos que rompen tajantemente con un pasado sin tener una idea certera del propio presente. Una guitarra puede ser el procedimiento para sacar unas cuantas monedas y poder comer algo. Pero nunca será un trabajo continuado.

# FRENTE A LOS "BEATNIKS" DE 1964, LOS EXISTENCIALISTAS



Proceden de todos los países de Europa. La mayoría son muchachos muy jóvenes que han tenido algunas dificultades con sus padres y decidieron romper con ellos e iniciar la «aventura». Pero todo ha quedado reducido a un remanso de miseria bien poco excitante, aliviado por la lectura de «héroes» de nuestro tiempo.



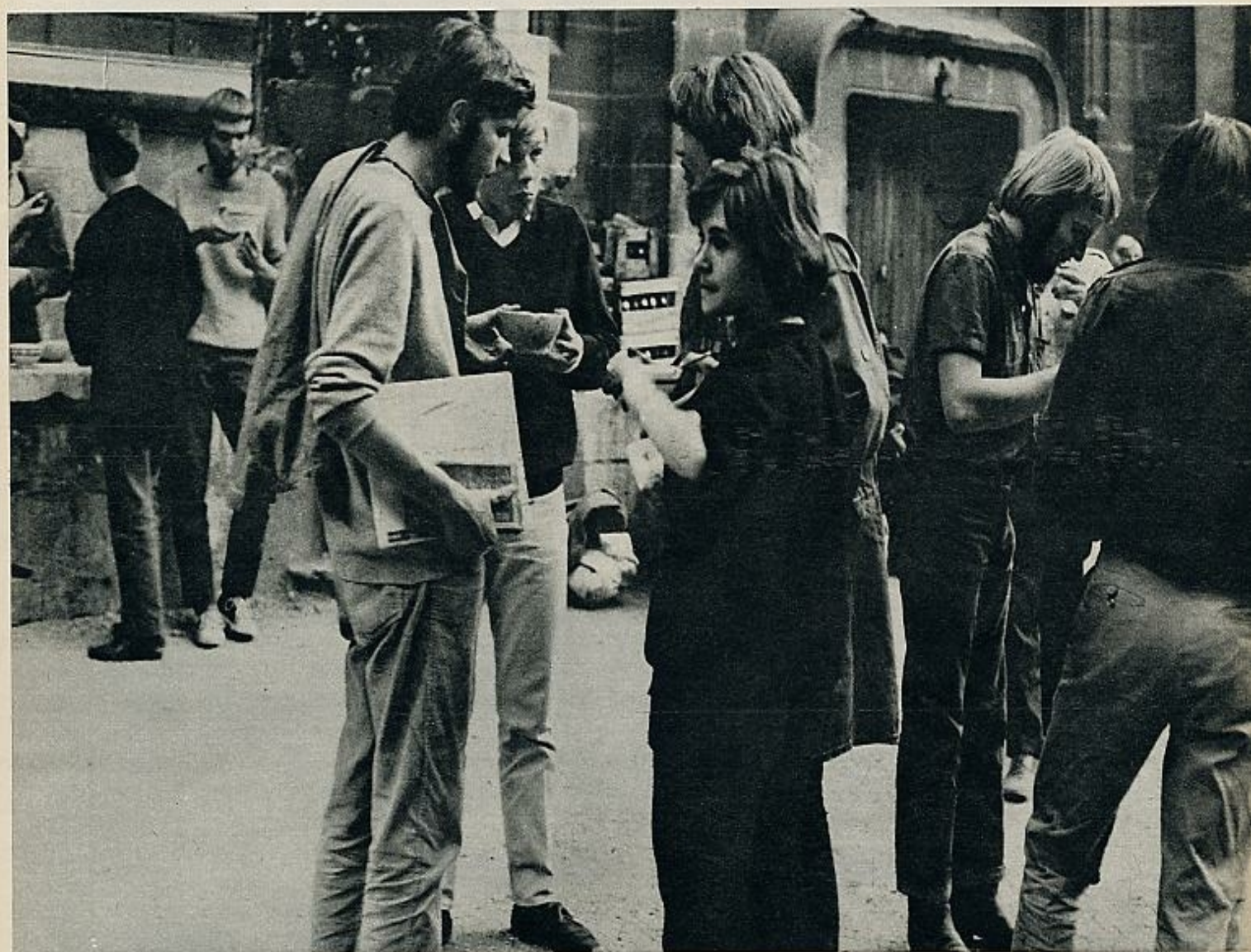
Aman especialmente aquellos versos de Pevet que dicen: «Un niño sobre una bomba, / una bomba sobre un niño, / un niño en la tumba y así corren los años». El mundo «de papá» es condenado sistemáticamente por ellos. Se trata de una generación sin profeta. Practican la evasión como nirvana. La evasión y el viaje. Son grandes viajeros. Pero no buscan nada en particular, sino el viaje por sí mismo. Ya dijo nuestro clásico que importe más el camino que la posada. Ellos no tratan de llegar, sino de ir, simplemente. Descubren el mundo a pie, en este tiempo de velocidades supersónicas. Han hecho de sus viajes un periplo migratorio semejante al de las aves, ya que en todo quieren ser como los seres más naturales. Pasan el invierno, generalmente, en su país de origen; la primavera en París. A mitad de junio, cuando la gran reunión de los gitanos tiene lugar, ellos también bajan a Saint-Marie de la Mer. O, a final de verano, bajan hacia Barcelona y Tánger. Suelen visitar a sus familias por Navidad. Practican normalmente el auto-stop. Los norteamericanos han conocido desde hace muchos años al vagabundo que recorre de extremo a extremo el ancho país en los trenes de mercancías.

Alemania ha dado ya un nombre pintoresco e intraducible a sus «beatniks». Francia los identifica con el característico clochard, del que se diferencia, sin embargo, por su juventud —el clochard suele ser maduro o anciano— y su intelectualismo. Impregnados del pensamiento de «On the Road» de Kerouac, pontífice literario de los «beatniks» todos ellos se proclaman escritores, pintores, compositores... pero ni componen, ni escriben, ni pintan. La generación de los «beatniks» —Beat Generation— ha dado ya sus frutos literarios, creados por media docena de cabezas. La gran masa «beatnik» se limita a vegetar en la esterilidad. Discuten. Discuten mucho. Hablan de sus obras. Pero nunca las realizan. Se resguardan de la lluvia bajo los puentes de París y duermen en los hoteles de «clochards» cuando han reunido algún dinero. Este dinero suelen lograrlo mediante el expeditivo procedimiento que en España se conoce por «sablazo». Disfrutan algunas bolsas de estudio. Degustan la sopa popular de la parroquia Saint-Severin. Dibujan sus «obras maestras» en las aceras de las calles y luego piden dinero. Tocan la guitarra y cantan en las terrazas de los bares de los Campos Elíseos, recogiendo buenas propinas. El tabaco es su vicio menor. Si no precisan dinero para las necesidades elementales, lo buscan en cambio para drogas y marihuana. Esta costumbre procede de los «beatniks» americanos. Estados Unidos han cambiado literatura existencialista europea por drogas para evadirse.

A Europa entran los «beatniks» por Tánger. Aquí se proveen de droga. El kilo de kif vale en dicha ciudad alrededor de 750 francos nuevos —unas nueve mil pesetas—. Con un kilo de esta droga se pueden hacer mil cigarrillos, que se venden luego en Saint-Germain-des-Près a cuatro francos nuevos cigarrillo. Los «beatniks» fuman muchos de estos cigarrillos como una forma de evasión de la realidad. El estupefaciente les da la sensación de haber ganado esa libertad que tanto persiguen. Luego viene el relajamiento, el sopor, la apatía, el abandono, la modorra. Y, en el fondo, una gran excitación sexual. El alcohol puede a veces suplir a las drogas, pero siempre con desventaja. Cuando los estupefacientes menores no surten ya efecto en el consumidor, viene la busca de la heroína y la cocaína. Al final del proceso, convertido ya en un vulgar drogado, el «beatnik» vuelve a los consuelos intelectuales y busca en la filosofía Zen, muy divulgada por el propio Kerouac, una justificación, o un alivio. Pero lo cierto es que nada ha roto su inacción, su esterilidad. Frente a la «nouvelle vague» de los «beatniks» internacionales, el existencialista de los años cuarenta, que se limitaba a ensayar el amor más o menos libre, más o menos literario, en las «caves» de París, resulta un colegial inocentón. Las posibilidades renovadoras de los «beatniks» van a ahogarse tempranamente en alcohol y marihuana.

(Reportaje EUROFOTO)

## DE LOS AÑOS CUARENTA SERIAN COLEGIALES INOCENTONES



Las chicas participan también de este ambiente provisorio e inestable, con idéntica vacilación ideológica y la misma falta de asideros racionales y morales.

Procedente de Tánger llega la droga que se convertirá para estos «beatniks» en medio de evasión de un mundo no demasiado grato y, hasta cierto punto, hostil.

